

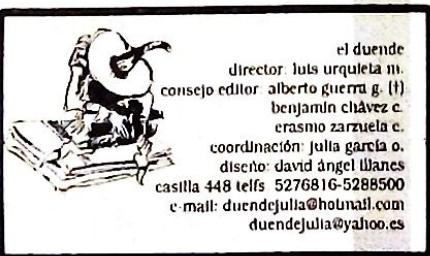


Alberto Guerra Gutiérrez

Homenaje al Entrañable Maestro

El pasado 7 de septiembre falleció el Escritor, Investigador, Profesor, Académico de la Lengua y Ciudadano Notable Don Alberto Guerra Gutiérrez. Para consagrar en el recuerdo la ingente contribución del malogrado Maestro a la cultura, El Duende, del que fue su prominente miembro, dedica esta edición en su homenaje, publicando sentimientos acongojados de instituciones y personalidades que disfrularon de sus acciones bienhechoras y su amistad. Seguros estamos que desde lo recóndito, desde la morada eterna, donde ahora mora palpitanle su encendido corazón, nuestro mentor ha de guiarlos siempre por los caminos de la creación.

Los editores



Panegírico en el funeral de Don Alberto Guerra Gutiérrez



En este lucuoso día represento a la Academia Boliviana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, a la que don Alberto Guerra Gutiérrez ingresó en noviembre de 2000. La docta Institución pudo contar con su experiencia en el buen uso de nuestro idioma y en la exposición de temas sobre personalidades del país. Esta entidad aquilló los méritos del poeta:

Alberto Guerra fue profesor: enseñó mucho, por cierto. Pero también aprendió de los niños y adolescentes a tener un alma sensible, casi infantil, que se adueñó de él para construir sus figuras poéticas casi sencillas, e inocencia. En el mismo sentido, su presencia no tenía nada de extraño ni desmesurado, más bien su expresión poseía la serenidad de duración perpetua.

Fue poeta: ocupaba su mirada en encontrar la belleza de los paisajes y las gentes de su región boliviana, hocha de montañas, altiplano, minas y lagos, y sus respectivos habitantes. Hizo el hallazgo que debajo del atavío nativo existía el próximo con autenticidad de espíritu.

Fue peregrino en estas mismas tierras: Caminante intelectual que acaraba sus proposiciones para redimir a los pueblos olvidados. En esto afán habló de pueblos misteriosos, de infusa determinante, de protónicos dilacerados, de futuros promisorios, como si él sólo percibiera un halo de claridad aureolando objetos maravillosos de la naturaleza.

Fue donador incorregible: de todos sus conocimientos, en colegios, institutos, universidades. Tenía el mucho tiempo que regaló dirigiendo instituciones cercanas al pueblo. Al que otorgó su interés siempre repetido, y del que recibió el acervo multiplicador.

Fue un color humanizado: porque en medio de la algearía de manifestaciones que es el Carnaval de Oruro, él y su esfuerzo aumentaron el lienzo multicolor del folklore con sus aportes científicos.

Fue indagador: porque nunca cesó de hurgar en el misterio de las cosas viejas, porque buscar es ser libre, tener el alma abierta. Alberto Guerra sabía entender el movimiento de los objetos físicos como un alemán que quiere explicarse, y lo traducía en cada imagen poética, que transmitía en la sinfonía de voces quietas. Por eso su entender se avino desde temprano con el trazado del destino biológico.

Parafraseando su propia poesía, dirá:

Alberto Guerra ha muerto

despojado de sombras, desangrando cauces
porque la vida es un río
que fluye hasta la muerte
y que como esquivándose al destino,
en salmos repetidos
nace el hombre de su propia muerte.